

González, Ana Marta. *Descubrir el nombre: Subjetividad, Identidad, Socialidad.* Serie Filosofía Hoy, Editorial Comares, 2021. 309 pp.

El objetivo que persigue la autora con este libro queda delineado desde la primera línea del texto: “Esclarecer el significado de los términos recogidos en el título: subjetividad, identidad y socialidad –tres términos que [...] parecen guardar relación entre sí [...]–” (1). Las dificultades de un empeño tal son evidentes para cualquier lector avisado: por un lado, se trata de tres nociones que han recibido abundante atención en los últimos siglos, y no solo por parte de la filosofía, lo que obliga a tener en cuenta diversas tradiciones (e, incluso, diversas disciplinas) para poder llevar a cabo un análisis que pueda considerarse riguroso; por el otro, la riqueza de la realidad a examinar desborda cualquier intento de delimitación temática, puesto que se ramifica en numerosos subtemas, tan amplios y diversos como los que van desde los sentidos del yo hasta nuestro uso del lenguaje oral o escrito, pasando por el reconocimiento intersubjetivo que nos brindamos o la dialéctica historicismo-universalismo en nuestro acceso a la verdad (particularmente, la verdad sobre nosotros mismos). De modo que analizar la relación entre subjetividad, identidad y socialidad exige ampliar la mirada lo máximo posible, tanto desde el punto de vista temático como histórico e, incluso, disciplinar. Pues bien, la autora de este libro parece ser plenamente consciente de esta circunstancia, pues se aprecia en el texto un notable esfuerzo por tratar de hacer justicia (en la medida en que pueda resultar posible) a las peculiares características de su objeto de estudio. En efecto, el libro incorpora voces provenientes no solo de distintas tradiciones filosóficas

(aparecen profusamente citados autores tales como Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Husserl, Heidegger, Mead, etc.), sino también, aunque en menor medida, de otras disciplinas, particularmente de la sociología y de la lingüística; asimismo, el texto se detiene a analizar con cierto detalle muchas de las ramas en que se diversifica una realidad tan compleja como la analizada.

Ahora bien, esta profusión de perspectivas y (sub)temáticas exige del lector una especial atención y una constante concentración, para poder colocar en su sitio cada pieza expositiva y argumental del texto, cada ramificación, cada excursión, y ver el papel que juega en el cuadro final. En este sentido, al leer cada una de las partes en que se divide y subdivide el libro (que consta de cinco capítulos con varios apartados y subapartados cada uno), conviene tener siempre en mente el hilo conductor del mismo: como se ha dicho, este consiste en aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de subjetividad, identidad y socialidad, y cuál es la relación que tienen entre sí estos términos. La tesis central que guía a la autora en su abordaje de este asunto es que la subjetividad humana no es reducible a la conciencia y que, por tanto, es necesario tomar en consideración otras formas en las que se expresa nuestra subjetividad, como nuestras obras y discursos. Ninguna de estas formas agota la potencialidad de dicha subjetividad (de modo que nunca somos completamente idénticos a nosotros mismos), pero su componente social nos ayuda a caer en la cuenta de que, sin ser reducibles a nuestro contexto, tampoco somos completamente independientes de él.

La tesis acerca de la asimetría entre subjetividad y conciencia, que emerge

continuamente a lo largo del texto, aparece ya desarrollada en el capítulo 1 (titulado “La subjetividad irreductible”), en el cual se apuntan los argumentos y temas que serán tratados en capítulos posteriores. Según González, “el yo como tal no es pura conciencia, pura actualidad” (42); solo así se explicaría, por ejemplo, que haya una continuidad de dicho ‘yo’ incluso cuando la conciencia no es continua (al despertar de un sueño), o que podamos reconocer como propias experiencias de nuestro “yo” pasado o futuro. En este sentido, para esta autora la crítica que se ha desarrollado en el último siglo a la idea moderna de sujeto no debería llevarnos a rechazar completamente la subjetividad como tal, sino más bien a incorporar al análisis aquellos aspectos de la subjetividad que no son reductibles a una autoconciencia pura: esto es, “los múltiples condicionamientos empíricos y sociales” (34) del sujeto que conoce, como la corporalidad y los afectos, que implican un factor de temporalidad y de relación con el entorno.

Para González, ontológicamente hablando, el sujeto humano no es idéntico a sí mismo, en el sentido de que, vuelto sobre sí, hay algo de él que siempre escapa a su propio acto. Esta autotranscendencia, que conlleva la imposibilidad de una autorreflexión perfecta, se manifiesta a través de los actos y discursos del sujeto, en los que la subjetividad se configura en formas distintas a la pura autoconciencia. De modo que “hechos y palabras se perfilan como dos principios desde los cuales acceder a la intimidad humana, aun sabiendo de antemano que ese acceso no puede ser perfecto a causa de la inadecuación constitutiva de conciencia y subjetividad” (70). Ahora bien, continúa la autora, si el yo

se expresa y se constituye en sus obras y palabras, entonces el sujeto no puede “decirse” a sí mismo plenamente hasta el final, pues su propio proceso de constitución está siempre en marcha: cada acto que realiza, cada palabra que pronuncia contribuye a configurar quién es, pero sin agotar del todo su potencialidad. A su vez, dado que obras y palabras aparecen en un contexto relacional, la formación de la subjetividad (tema que se aborda en el capítulo 2, titulado “Intersubjetividad y lenguaje”) no se entendería sin el contexto que la hace posible, y que el sujeto incorpora al obrar o hablar. Según González, esta importancia del contexto social y cultural en la configuración de la subjetividad debe combinarse con el hecho de que el sujeto no es completamente reductible a dicho contexto, sino que siempre aporta algo propio en sus obras y discursos. En efecto, “por mucho que en su formación no pueda prescindir de un contexto relacional, el yo [...] no se resuelve todo él en relacionalidad” (116).

Si los dos primeros capítulos están dedicados a analizar la subjetividad desde un punto de vista ontológico (capítulo 1) y genético (capítulo 2), el tercero (titulado “Preocupados por la identidad”), en cambio, aborda directamente otro de los términos que forman el subtítulo del libro. En efecto, en esta parte del texto se tratan los distintos sentidos de la “identidad”, y especialmente, el sentido de la “identidad personal”. A este respecto, la autora afirma que la identidad personal de cada uno es una cuestión siempre abierta, irresoluble, simbolizada por nuestro nombre propio pero no definida por él. La identidad es siempre una tarea por realizar: una tarea “personal” (152), “reflexiva y práctica” (153). Valiéndose de conceptos

tales como “conversación interior” (tomado de la socióloga Margaret Archer) o “identidad práctica” (tomado de la filósofa Christine M. Korsgaard), González argumenta que en la formación de la identidad personal media decisivamente el discurso con el que el propio sujeto reflexiona internamente sobre sus emociones y sobre las exigencias de su entorno, elaborando a partir de dicha reflexión su respuesta personal en forma de acción. De nuevo puede apreciar aquí el lector el interés de la autora por no reducir la identidad del sujeto ni a su contexto relacional (esto es, social y cultural) ni a su dimensión trascendental: la conversación interior, a través de la cual el sujeto forma su identidad personal, se alimenta de expectativas, condicionamientos, etc., sociales y culturales (las reglas gramaticales del idioma en cuestión, las expectativas y normas de reconocimiento que rigen en una determinada época y lugar, el contenido de los distintos roles sociales que el sujeto puede ocupar, etc.), pero a su vez esa respuesta es siempre personal, no reducible completamente a factores externos al propio sujeto.

En otras palabras, González define de que la identidad personal del sujeto, mediada por su conversación interior, se expresa y a la vez se configura mediante obras y palabras condicionadas (aunque no determinadas) por el contexto intersubjetivo. Una vez constatado esto, la autora se centra en indagar en qué sentido esas obras y discursos pueden ordenarse conforme a un criterio racional-trascendental, o más bien se guían por criterios empírico-sociales. Esta pregunta por la posibilidad de armonizar la praxis de un sujeto racional con la facticidad de dicho sujeto, esto es, de un ser que está social e históricamente

situado, ocupa el capítulo 4 del libro (titulado “De la identidad a la verdad práctica”). La respuesta de González se articula en torno a la noción aristotélica de “verdad práctica”, que según ella puede ayudar a superar la dialéctica entre historicismo y universalismo. Este concepto de “verdad práctica” hace referencia a “la verdad que cabe esperar de las acciones que llevamos a cabo en contextos particulares y cambiantes” (191); en la medida en que dichos contextos son además relacionales, la racionalidad de nuestras acciones no dependería de su potencial para ser universalizadas, ni su sentido se reduciría al que el propio sujeto le otorgue individualmente. Surge aquí, en opinión de la autora, la idea de responsabilidad, entendida como “ser capaz de responder a los otros que nos interrogan acerca del *sentido* de nuestra acción” (197); un sentido que a su vez no se identifica meramente ni con las consecuencias fácticas de dicha acción ni con las imputaciones internas de sentido que lleve a cabo el agente. Esta referencia a la responsabilidad, conjugada con la aspiración a la autenticidad y con las demandas de la justicia, dan lugar a conflictos cuya resolución es una tarea personal e intransferible; una tarea que nos sitúa ya, según González, en un plano normativo.

Esta vía intermedia entre historicismo y universalismo manifiesta que nuestra identidad personal, siendo la de un sujeto racional, al mismo tiempo no es independiente de nuestro contexto relacional, con los inevitables desequilibrios que se derivan de esta circunstancia. En efecto, gracias a la conversación interior, el sujeto avanza en propio conocimiento y en conocimiento del mundo; experimenta ciertos desajustes constitutivos de su subjetividad, la limitación de su naturaleza

y la incondicionalidad de su razón, de la que se nutre la búsqueda de sentido (219).

Esta búsqueda de sentido se aborda en el capítulo 5 (titulado “El deseo de autoconocimiento”), en el que González se detiene a explorar las vías que llevan al autoconocimiento, ya sea mediante una actividad aparentemente monológica como la conversación interior (“aparentemente”, porque esa conversación no es mera introspección, sino que se alimenta del contexto y, por tanto, incorpora muchas voces distintas), o mediante una actividad o relación netamente dialógica como la amistad. Especial atención presta aquí la autora al papel del lenguaje, tanto oral como escrito (y leído): intercambios epistolares, autobiografías confesionales, e, incluso, textos de la mística, en los que el fenómeno expuesto es, por definición, inefable. Las conclusiones que destaca González a este respecto son dos: por un lado, una parte de nosotros mismos solo nos es accesible en contextos relacionales; por el otro, aunque el lenguaje es una herramienta privilegiada para contribuir a nuestra auto-aclaración, tampoco él nos agota, pues nuestra vida trasciende también cada acto particular de habla o de escritura.

En resumen, este libro aborda una temática especialmente compleja y tiene la virtud de no querer simplificarla, sino de abrazarla tal cual es, intentando hacer justicia a la amplitud y capilaridad del fenómeno. Es de valorar, además, el hecho de que la autora procure incorporar distintas posturas y no rehuya la confrontación cuando resulte necesaria. Esta multiplicidad de voces y ramificaciones, sin embargo, exige del lector, por

una parte, una profunda concentración y esfuerzo por hacerse cargo de cada uno de los afluentes, principales o secundarios, que se navegan en cada momento; y, por otro lado, también una cierta familiaridad con el tipo de discurso propio de la filosofía, así como con algunas de sus figuras, tradiciones y temas principales, a fin de que los diversos argumentos y explicaciones puedan ser seguidos con mayor facilidad. Para aquellos a quienes la amplitud del tema principal les sobrepase, pero estén interesados en alguna de sus subtramas, el libro ofrece al final un índice de nombres y otro de materias, que pueden ser de gran utilidad para realizar este tipo de abordaje. En este sentido, es posible consultar solo una parte del texto, detenerse en algún subtema o aspecto concreto, sin necesidad de realizar todo el recorrido; en esos casos, sin embargo, será necesario tener en cuenta la conexión del pasaje en cuestión con el hilo principal del libro, a fin de que dicho pasaje no pierda un aspecto esencial de su sentido y pueda ser examinado en su lugar propio dentro de la relación entre subjetividad, identidad y socialidad. A este respecto resulta de gran ayuda el breve epílogo del texto, en el que se resume de modo especialmente claro y conciso la argumentación principal de todo el libro (la idea de que nuestra subjetividad no se reduce a autoconciencia y su potencialidad nunca se agota), así como sus principales ramificaciones.

SERGIO CLAVERO

Universidad de

Navarra–Navarra–España

sclavero@unav